



PAZ Y BIEN

V Domingo de Cuaresma

22-III- 2026



*"Yo pondré mi espíritu  
en ustedes, y vivirán"*

## V Domingo de Cuaresma

22-III- 2026

### Textos:

Ez.: 37, 12-14.

Rom.: 8, 8-11.

Jn.: 11, 1-45.

*"Yo pondré mi espíritu en ustedes, y vivirán"*

Culminamos el itinerario cuaresmal que estuvo marcado por encuentros en los que Jesús proclama la vida que Dios como un don nos quiere regalar.

En el encuentro con *la Samaritana*, Jesús ofrece darle un agua que se convertirá en un manantial que brotará hasta la vida eterna; en el milagro *del ciego de nacimiento*, Jesús anuncia una luz que vence las tinieblas del pecado y la muerte, y por último, en el evangelio de este domingo le devuelve la vida a Lázaro, para manifestarse como *"la Resurrección y la Vida"* y que todos reconozcamos la manifestación de la potencia del Hijo de Dios (cfr. Cromazio di Aquileia, Serm. 27, 1-4).

Con la resurrección de Lázaro, se nos anuncia que *"Dios es la vida y que Cristo, también es la vida, ha insertado a nuestra humilde, corruptible y efímera vida, en la vida divina; nos habla de la resurrección de Cristo y de la nuestra; nos hablará de la eterna bienaventuranza a la que estamos destinados, si somos fieles al Señor de la Vida"* (Pablo VI).

Hermanos, Jesús vino para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cfr. Jn. 10, 10); esto es lo que proclama el Evangelio de la vida que revela que Jesús es el Hijo que desde la eternidad recibe la vida del Padre (cfr. Jn. 5, 26) y que nos hace partícipes de esa vida como un don: *"Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás"* (Jn. 11, 25-26).

Debemos comprender y valorar que *"la vida que Dios da al hombre es mucho más que existir en el tiempo. Es tensión hacia una plenitud de vida, es germen de una existencia que supera los mismos límites del tiempo: 'Porque Dios creó al hombre para la incorruptibilidad, lo hizo a imagen de su naturaleza' (Sap. 2, 23)"* (E.V.34).

Hermanos, la resurrección de Lázaro es el último signo de Jesús antes de su pasión. Él va al encuentro de la muerte, *“porque su poder sobre la muerte es parte de su misión, pero no será un ‘pleno poder’ hasta que, exhalado el Espíritu Santo hacia Dios y hacia la Iglesia, muera en la cruz. Sólo porque Cristo muere de esta muerte de amor obediente puede designarse a sí mismo como ‘la resurrección y la vida’, y acabar con el poder de la muerte”* (Von Balthasar). Cristo es el pastor que por amores muere (cfr. Himno de laudes del jueves de Cuaresma).

Dios promete darnos Su Espíritu para vivificarnos, para darnos vida y que desaparezca en nosotros todo signo de muerte fruto del pecado. El Señor con su gracia vence la *“necrosis”* del alma pues la vitalidad de Dios es más fuerte que la muerte y puede devolver la vida.

En un tiempo ensangrentado por tantas muertes a causa de las guerras que padecemos, y muy especialmente por el permanente genocidio provocado por los abortos, recordemos las palabras de Gandhi: *“sostengo que cuanto más indefensa es la criatura, más derechos tienen que ser protegidos por el hombre contra la crueldad del hombre”*.

El tema central y dominante de los países es el económico, pero no debemos olvidar que San Juan Pablo II afirmaba con gran dolor cuando se aprobaba el aborto en Polonia: *“No hay verdadera justicia en un país que permite matar inocentes. Un pueblo que mata a sus hijos es un pueblo sin futuro.”*

Jesús es el Señor de la vida, y nos convoca a ser testigos de esperanza, comprometiéndonos en favor de la vida y no sólo de la temporal sino también de la eterna. Debemos *“afirmar, en el tiempo y más allá del tiempo, el poder de la vida sobre la muerte”* (E.V. 105). Debemos ser conscientes que la fe, evidentemente, debe ser acompañada del testimonio en lo cotidiano.

Pidamos al buen Dios que descienda Su Espíritu sobre nosotros y sobre nuestra cultura para que vivamos como testigos de la vida que tiene en Él su fuente.

Amén.

G. in D.